

GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO
1973-1975

Ursula K. LeGuin

Poul Anderson

R.A. Lafferty

F. Pohl y C.M. Kornbluth

James Tiptree

Harlan Ellison

George R.R. Martin

Larry Niven



Otorgados anualmente durante el transcurso de las convenciones de aficionados al género y votados por los propios aficionados, los Premios Hugo son el máximo galardón a que aspiran los escritores de ciencia ficción.

El *Premio Hugo* representa ante todo la popularidad. Su obtención supone la definitiva consagración del autor entre los maestros, y en muchos casos ha catapultado a la fama a escritores desconocidos.

Presentados con desenfado por *Isaac Asimov*, se recogen aquí los relatos que obtuvieron el premio entre los años 1973 y 1975, en las categorías de relato y novela corta. Su lectura es una toma de contacto idónea con la ciencia ficción, tanto para el profano como para los aficionados que quieran conocer las narraciones que consagraron en su día a los grandes maestros.

Diez nuevos relatos en los que se muestra una vez más la versatilidad de los grandes cultivadores de la ciencia ficción. Al lado de clásicos como *Poul Anderson* o la colaboración póstuma entre *Frederik Pohl* y *Cyril Kornbluth*, toda una pléyade de nuevos escritores que reclamaron su lugar entre los maestros: *Ursula K. Le Guin* en el momento álgido de su carrera, *James Tiptree* (por entonces disfrazada de hombre) ensanchando aún más el camino a varias generaciones de mujeres... y escritores tan personales y fascinantes como *R. A. Lafferty* o el deslumbrante *George R. R. Martin*... y haciéndose con nuevos galardones *Harlan Ellison* y *Larry Niven*, demostrando la fecundidad del género desde posturas diametralmente opuestas.

Un cóctel explosivo de los relatos que marcaron la evolución de la ciencia ficción.

Para Sharon Jarvis y Cathleen Jordan por su
ayuda y, especialmente, por toda su
colaboración.

Introducción

¡Dios santo, ha vuelto a suceder!

Hace unos años, cuando los encantadores directivos de Fawcett Publications decidieron publicar el segundo volumen de mi antología Los premios Hugo en libro de bolsillo, descubrieron que debían hacerlo en dos partes. Utilizaron mi introducción a todo el volumen como introducción de la primera parte, y no quisieron repetirla en la segunda, para que ningún lector distraído dejara de adquirirla creyendo que se trataba de un viejo libro que ya había leído.

En aquella ocasión, me pidieron otra concatenación de palabras ingeniosas para dicha segunda parte.

Bien, como el lector podrá imaginar, todas esas verbo-reicas personas que escriben relatos para el premio Hugo continúan produciéndolos en gran cantidad, así como en calidad, por lo que al llegar el momento de la publicación del tercer volumen de la antología, resultó que era tan imponente y tan grueso como el segundo.

—¡No podemos publicar un libro de bolsillo que tenga ocho centímetros de espesor! —se dijeron los directivos de Fawcett—. Tendremos que editarlo de nuevo en dos partes.

—De acuerdo —asintieron entre sí—, pero esto nos deja sin introducción para la segunda parte. ¿Qué hacemos?

Meditaron esforzadamente algún tiempo, y al cabo, uno de ellos exclamó:

—¡Lo mismo que hicimos con el segundo volumen!

—Lo que entonces hicimos fue que Asimov escribiese una segunda introducción —recordó rápidamente otro.

Volvieron a sumirse en profundas meditaciones y de pronto uno gritó:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Que Asimov escriba otra introducción!

No puedes imaginarte, lector, el entusiasmo que esto provocó entre los directivos. Al instante, se precipitaron al teléfono, y heme aquí para proporcionarte la necesaria confirmación.

Así pues, ésta es la segunda parte del tercer volumen de la antología de Fawcett. Lo que leíste antes fue la primera parte. Ahora bien, si has adquirido este libro y de repente te das cuenta de que no has leído la otra parte, es decir Los premios Hugo 1970-1972, cómprala de inmediato. Si es necesario, recorre todas las librerías de la ciudad. Con ello me harás muy feliz, y también a los editores.

ISAAC ASIMOV

1973

31.^a Convención
Toronto

El nombre del mundo es bosque

Ursula K. Le Guin

La 31.^a Convención se celebró en Toronto, en 1973, y fue realmente la más notable de las convenciones mundiales, por los motivos a los que me referiré más adelante. (Tengo otros tres chistes acerca de esto).

Por el momento sólo diré que asistí a dicha convención con Janet, que no tardaría en ser mi esposa. Esto en sí ya era una mejora sobre la 29.^a Convención, a la que acudí solo.

Cabe pensar que acudir solo a una convención supone asegurarse la suficiente dosis de vicio y jarana, y es posible que eso sea cierto. Por mi parte, ignoro tales cosas. Claro que tampoco tuve ocasión de averiguarlas. Lester del Rey y su flamante esposa, Judy Lynn, también asistieron a la convención. Y pidieron una habitación contigua a la mía; supervisaron todos mis desayunos y constantemente me siguieron los pasos. Sólo se me permitió saludar a las chicas desde lejos.

Dijeron que intentaban salvarme de mí mismo, aunque ni siquiera ahora sé a qué se referían. En realidad, no planeaba hacer nada yo solo. Bien, en 1973 Janet estaba a mi lado, también intentando salvarme de mí mismo.

Pero vayamos al asunto. Aquí tenemos un relato ganador del Hugo, escrito por una mujer. Como todo el mundo sabe (si es lo bastante viejo), hubo una época en que la ciencia ficción era tan masculina como la testosterona. Había mujeres escritoras y mujeres lectoras, pero en general eran ignoradas. Hoy en día, la cosa es muy diferente.

De los volúmenes editados, sólo en el tercero, correspondiente a los años 1968-1969, había un relato escrito por una mujer, El vuelo del dragón, de Anne McCaffrey. Ahora, en el presente volumen, el quinto, tenemos diez relatos, de los que dos, cuéntenlos, dos, fueron escritos por mujeres. A este promedio, cuando se publique el trigésimo volumen de Los premios Hugo, en el 2051 (siendo yo el editor, claro; ¿quién, si no?), todos los relatos los habrán escrito mujeres.

Por otra parte, en este quinto volumen hay una pequeña complicación, y es que los dos relatos debidos a mujeres fueron escritos por Ursula. Por eso, si continuamos con nuestros cálculos de manera científica, considerando el hecho innegable de que en cada ocasión se ofrece un relato más escrito por una mujer, y que cada vez presentamos sólo una mujer, (¿ya están confundidos?), todos los relatos del trigésimo volumen de Los premios Hugo estarán escritos por la misma mujer.

No puede ser más lógico.

A propósito, no conozco a Ursula. Ni sé si debo conocerla. En los últimos años, se ha convertido casi en la escritora de ciencia ficción más destacada, y si debo, por la fuerza de la costumbre, saludarla con la suavidad que es normal en mí cuando abordo a mujeres jóvenes, podría ofenderse por el delito de lesa majestad, y soltarme un cachete.

1

Cuando despertó, el capitán Davidson se quedó un rato acostado, mientras recordaba dos hechos ocurridos el día anterior. Uno positivo: el nuevo cargamento de mujeres había llegado. Créanlo o no. Ya estaban aquí, en Centralville, a veintisiete años luz de la Tierra por NAFAL y a cuatro horas en helicóptero de Campamento Smith, el segundo grupo de hembras de cría para la Colonia Nueva Tahití, todas

sanas y aptas, doscientas doce cabezas de ganado humano de primerísima calidad. O, en cualquier caso, lo suficientemente buena. Uno negativo: el informe de Isla Dump sobre el fracaso de las cosechas, la erosión incesante, el diluvio. La imagen de las doscientas doce figuritas en fila, lozanas, tentadoras, atractivas, desapareció de la mente de Davidson, y dejó paso a una visión donde la lluvia caía en cascadas sobre los campos cultivados, golpeando la tierra hasta convertirla en fango, diluyendo el fango en ríos rojizos que se deslizaban por entre las rocas y desembocaban en un mar batido por la lluvia. La erosión había comenzado antes que Davidson se marchara de la isla para encargarse de la dirección del gobierno en Campamento Smith, y como estaba dotado de una memoria visual prodigiosa, de esas que llaman eidéticas, ahora lo revivía todo con demasiada claridad. Uno habría pensado que Kess tenía razón, que en definitiva era necesario dejar muchos árboles en los terrenos que proyectaban destinar a la agricultura. Pero Davidson no podía entender por qué se tenía que desperdiciar tanto espacio para árboles en un cultivo de soja, si se trabajaba la tierra de una forma verdaderamente científica. En Ohio no era así: si uno quería cereales sembraba cereales, y nadie malgastaba terreno en árboles y otras tonterías. Aunque por otro lado la Tierra era un planeta domado, y Nueva Tahití no lo era. Pero para eso estaba él allí, para domarlo. Y si ahora Isla Dump no era nada más que un montón de rocas y barrancos, pues bien, se la borraba del mapa; se empezaba de nuevo en otra isla y se hacían mejor las cosas. No siempre nos vas a derrotar, planeta maldito dejado de la mano de Dios. Nosotros somos Hombres. Pronto sabrás lo que significa esto, pensó Davidson, y sonrió en la oscuridad de la cabaña, pues a Davidson le gustaban los desafíos. Al pensar en los Hombres, recordó las Mujeres, y una vez más desfilaron por su mente las doscientas doce figuritas insinuantes, risueñas, bulliciosas.

—¡Ben! —bramó, sentándose en la cama y balanceando los pies desnudos por encima del suelo también desnudo —. ¡Agua caliente prepara rápido-volando!

El bramido acabó de despertarle a plena satisfacción.

Se despezó, se rascó el pecho, se puso los pantalones cortos y salió de la cabaña, a la luz del sol, con gestos rápidos y precisos. Era un hombre corpulento de músculos reacios, y disfrutaba de su cuerpo bien entrenado. Ben, su *creechi*, tenía el agua a punto y humeante sobre el fuego, como de costumbre, y estaba allí, acurrucado, mirando las musarañas, como de costumbre. Los *creechis* nunca dormían, no hacían nada más que estarse allí y mirar y mirar.

—Desayuno. ¡Rápido-volando! —dijo Davidson, mientras recogía la navaja de encima de la mesa de madera, donde la había dejado el *creechi*, junto con una toalla y un espejo.

Sería un día agitado para Davidson. Había decidido, de repente, volar hasta Centralville para ver con sus propios ojos a las nuevas mujeres. No iban a durar mucho, doscientas doce para más de dos mil hombres, y como las de la primera tanda, casi todas serían con seguridad Novias Coloniales, sólo unas veinte o treinta vendrían como Personal de Esparcimiento; pero aquellas criaturitas eran verdaderas hembras, insaciables, y esta vez Davidson estaba decidido a ser el primero, al menos con una de ellas. Sonrió por el lado izquierdo, mientras se afeitaba la tensa mejilla derecha con la herrumbrosa navaja.

El viejo *creechi* iba y venía de un lado a otro y tardaba una hora en traerle el desayuno desde la cocina.

—¡Rápido-volando! —aulló Davidson, y Ben aceleró su vagabundeo desarticulado convirtiéndolo en algo parecido a una marcha.

Ben medía alrededor de un metro de estatura y la pelambarrera que le cubría la espalda parecía más blanca que verde; era viejo, y duro de mollera, incluso comparado con otros *creechis*, pero Davidson sabía cómo manejarlo; él era

capaz de domar a cualquiera de ellos, siempre y cuando el esfuerzo valiera la pena. Pero no valía la pena. Que trajeran aquí seres humanos en cantidad suficiente, que construyesen máquinas y robots, que edificaran granjas y ciudades, y ya nadie necesitaría recurrir a los *creechis*. Y sería lo justo, además, pues este mundo, Nueva Tahití, estaba literalmente hecho para los hombres. Una vez limpio y rehecho, una vez eliminados los bosques sombríos por interminables campos de cereales, una vez erradicados el oscurantismo, el salvajismo y la ignorancia, aquello sería un paraíso, un verdadero Edén. Un mundo mejor que la cansada Tierra. Y sería su mundo, el mundo de Davidson. Porque muy en el fondo, Don Davidson era eso: un domador de mundos. Y no porque fuera hombre jactancioso, pero eso sí, conocía su valor. Sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Y siempre lo lograba.

El desayuno llegó caliente al estómago del capitán Davidson. Ni siquiera la aparición de Kees van Sten, gordo, blanco y preocupado, los ojos desorbitados, como unas pelotas de golf de color azul, logró estropearle el buen humor.

—Don —dijo Kees sin molestarse en darle los buenos días—, los leñadores han vuelto a cazar ciervos en los Desmontes. Hay dieciocho pares de astas en la habitación del fondo de la Hostería.

—Nadie consiguió jamás que no se cazara en los cotos, Kees.

—Tú puedes hacerlo. Por eso vivimos bajo la ley marcial, por eso el Ejército gobierna esta colonia. Para que se cumplan las leyes.

¡Un ataque frontal de Gordo van Kees! Era casi divertido.

—De acuerdo —dijo Davidson en un tono razonable—, yo podría. Pero mira una cosa, yo estoy aquí para velar por los hombres; ésa es mi función, como tú dices. Y son los hombres lo que cuenta. No los animales. Si un poco de ca-

za furtiva les ayuda a soportar la vida en este mundo dejado de la mano de Dios, yo estoy dispuesto a hacer la vista gorda. En algo tienen que entretenerse.

—Tienen juegos, deportes, aficiones, cine, copias televisadas de los principales encuentros deportivos del siglo, licores, marihuana, alucinógenos, y un grupo nuevo de mujeres en Centralville para quienes no están contentos con las aburridas recomendaciones del Ejército: una higiénica homosexualidad. Tus héroes fronterizos están malcriados y corrompidos, y no hay ninguna necesidad de que exterminen una especie nativa única para «entretenerse». Si tú no tomas medidas, tendré que denunciar una grave infracción de los Protocolos Ecológicos en mi informe al capitán Gosse.

—Puedes hacerlo si lo consideras justo, Kees —dijo Davidson, que nunca perdía la calma. Era casi patético ver la forma en que un euro como Kees enrojecía hasta las orejas cada vez que perdía el dominio de sí mismo—. A fin de cuentas es tu deber. No discutiré contigo. Central estudiará el asunto y decidirá quién tiene razón. Mira, Kees, tú en realidad quieres conservar este lugar tal como está. Como un Gran Parque Nacional. Para recreo de la vista, para estudio. Formidable, tú eres un especialista. Pero somos nosotros, los don nadie, los que tenemos que hacer el trabajo. La Tierra necesita madera, la necesita desesperadamente. Y nosotros hemos encontrado madera en Nueva Tahití. Pues bien, ahora somos leñadores. Mira, en lo que tú y yo discrepamos es en que para ti la Tierra no es lo más importante. Para mí, sí.

Kees lo miró de soslayo con esos ojos que parecían pelotas de golf de color azul.

—¿De veras? ¿Así que lo que tú quieres es construir este mundo a imagen y semejanza de la Tierra? ¿Un desierto de cemento?

—Cuando yo digo Tierra, Kees, me refiero a la gente. A los hombres. A ti te preocupan los ciervos y los árboles y

las fibrillas, la madera, fantástico, eso es asunto tuyo. Pero a mí me gusta ver las cosas en perspectiva, de cabo a rabo, y el cabo, por el momento, somos nosotros, los humanos. Ahora estamos aquí, y por lo tanto este mundo funcionará a nuestra manera. Te guste o no, es una realidad que tienes que asumir; porque así son las cosas. Escucha, Kees, iré un momento hasta Central para echar un vistazo a las nuevas colonias. ¿Quieres acompañarme?

—No, gracias, capitán Davidson —dijo el especialista encaminándose hacia la cabaña laboratorio.

Estaba loco de remate el viejo Kees; perturbado por esos condenados ciervos. Eran unos animales formidables, era evidente. La excelente memoria de Davidson le permitió recordar el primer ciervo que había visto aquí, en la Tierra de Smith, una gran sombra roja, dos metros de espalda, una corona de espesos cuernos dorados, una bestia ligera, temeraria, la mejor presa de caza que uno hubiera podido imaginar. Allá en la Tierra, ahora utilizaban ciervos robots, hasta en las Rocosas y en los parques del Himalaya, pues los de carne y hueso estaban poco menos que extinguidos. Estas bestias, las de aquí, eran el sueño de cualquier cazador. Y se las cazaría. Demonios, si hasta los *creechis* los cazaban, con sus piojosos y pequeños arcos. A los ciervos había que cazarlos, para eso estaban. Pero el viejo corazón herido de Kees no podía soportarlo. Era un hombre decente, seguro, pero que vivía fuera de la realidad, y de poco carácter. No entendía que uno tiene que ponerse del lado de los ganadores, o perder. Y es el hombre el que gana, siempre. El viejo conquistador.

Davidson cruzó a grandes zancadas la colonia. La luz de la mañana le daba en los ojos, y el olor dulzón de la madera aserrada y del humo de leña flotaba en el aire tibio. El campamento de leñadores, como tal, no era malo. En sólo tres meses terrestres los hombres habían transformado una gran zona de tierras vírgenes. Campamento Smith: un par de grandes aparatos geodésicos de plástico corrugado,

cuarenta cabañas de madera construidas con mano de obra *creechi*, el aserradero, el incinerador que arrastraba el humo azul por encima de los troncos y de la madera cortada; y allá arriba, en las colinas, el campo de aviación y los grandes hangares prefabricados para los helicópteros y las máquinas pesadas. Eso era todo. Pero cuando llegaron no había nada. Árboles. Una oscura maraña de árboles, espesa, intrincada, interminable; sin ningún sentido. Un río perezoso invadido y ahogado por los árboles, algunas madrigueras de *creechis* escondidas entre ellos, algunos ciervos rojos, monos peludos, aves. Y árboles. Raíces, troncos, ramas, hojas arriba y abajo que se le metían a uno en la cara y en los ojos, una infinidad de hojas en una infinidad de árboles.

Nueva Tahití era en su mayor parte agua, mares poco profundos y templados, interrumpidos aquí y allá por arrecifes, islotes, archipiélagos y los cinco continentes que se extendían en un arco de 2.500 kilómetros a lo largo del cuadrante del Noroeste. Y todos aquellos lunares y verrugas de tierra estaban cubiertos de árboles. Océano: bosque. La alternativa era obvia para Nueva Tahití. Agua y sol, u oscuridad y hojas.

Pero ahora estaban aquí los hombres, para acabar con la oscuridad y convertir la maraña de árboles en tablones pulcramente aserrados, más preciados que el oro en la Tierra. Literalmente, porque el oro se podía encontrar en el agua de los mares y bajo el hielo de la Antártida, pero la madera no; la madera sólo la producían los árboles. Y en la Tierra era un lujo realmente necesario. Así pues, los bosques de aquel planeta extraño eran convertidos en madera. En tres meses, doscientos hombres con sierras robot y maquinaria de transporte habían limpiado ya una extensión de diez kilómetros en Tierra de Smith. Las cepas del Desmonte más próximo al campamento eran ahora unos desechos blanquecinos; tratados químicamente caerían en la tierra transformados en cenizas fertilizantes, y en ese momento los colonos definitivos, los agricultores, se instalarían en

Tierra de Smith. No tendrían mucho que hacer: plantar las semillas, y esperar a que germinasen.

Eso ya había ocurrido una vez. Era una coincidencia rara; en realidad, era la evidencia de que Nueva Tahití estaba destinada a ser habitada por seres humanos. Todo lo que había aquí se había traído de la Tierra alrededor de un millón de años atrás, y la evolución había seguido pautas tan similares que uno reconocía inmediatamente cada especie: pino, roble, nogal, castaño, abeto, acebo, manzano, fresno; ciervo, ave, ratón, gato, ardilla, mono. Los humanoides de Hain-Davenant aseguraban, naturalmente, que lo habían hecho ellos en la misma época en que colonizaron la Tierra, pero si uno se tomaba en serio a esos extraterrestres parecía que hubieran colonizado todos los planetas de la Galaxia, y que por añadidura lo hubieran inventado todo, desde el sexo hasta los clavos. Eran mucho más verosímiles las teorías sobre la Atlántida; ésta podía ser perfectamente una colonia atlante desconocida. Pero la especie humana se había extinguido, y del desarrollo del mono había nacido la especie que sustituiría a los humanos: el *creechi*; un metro de altura y una pelambrea verde. Como extraterrestres eran de lo más vulgar, pero como hombres eran un engendro, un verdadero aborto de la naturaleza. Si hubiesen contado con un millón de años más, quizá. Pero los conquistadores habían llegado primero. Ahora la evolución avanzaba no al ritmo de una mutación casual cada mil años, sino a la velocidad de las astronaves de la Flota Terráquea.

—¡Eh, capitán!

En apenas un microsegundo, Davidson se volvió, pero fue suficiente para sentirse inquieto. Algo pasaba en este maldito planeta, en este sol dorado y en el cielo nublado, en esos vientos tranquilos que olían a moho y a polen, algo que le hacía soñar a cualquiera. Sin darse cuenta, uno iba y venía, pensando en conquistadores y en el destino, y terminaba moviéndose con la misma pereza y lentitud que los *creechis*.